

ca, nada. Pero me enganché con todo el mundo, y bueno, ahí nos encontramos con caras conocidas y desconocidas y también tiré alguna piedra.

La gente estaba enfurecida. Esa vez nadie dijo, viste, como siempre se dice: "grupitos de revoltosos infiltrados". ¡Era todo el mundo! ¡¿Qué infiltrados?! Y en el medio de esa revuelta nos enteramos que ahí, en la galería Melipal, ponele a dos cuadras (yo estaba en calle Mitre y Córdoba; la galería Melipal estaba en Córdoba entre Corrientes y Entre Ríos), en una encerrona la policía había matado a un estudiante, al famoso Bello. Una compañera nuestra, Susana Bello, inolvidable, era la hermana de este chico.

Pese a su juventud, en 1969, Susana Figueroa ya tenía una amplia experiencia en la docencia, ya que había comenzado a trabajar a los 16 años, en una escuelita rural cercana a Máximo Paz. Más tarde se desempeñó varios años en la Escuela de "El Gaucho" y luego en la Escuela "Provincia de Corrientes".

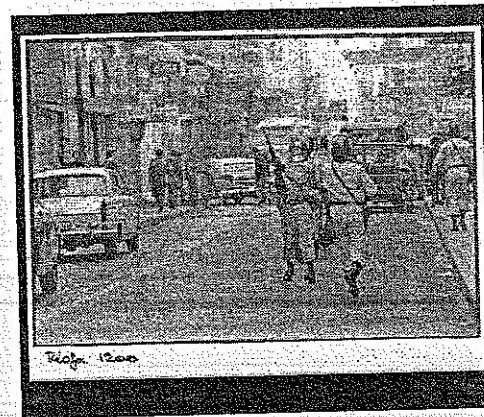
Allí trabajé con Susana Bello, que era la hermana del chico que mataron. Éramos muy compinches. Con ella trabajábamos con

los chicos chiquitos. Creo que yo tenía primero y ella segundo grado. Nos gustaba trabajar con los chiquitos. Éramos jóvenes y teníamos paciencia, pero eran como 45 chicos. Era bravo. Y muchas veces desde ahí salíamos a las movilizaciones. Las dos con nuestros guardapolvos blancos. Me acuerdo que una vez empezamos a caminar y caminar y no podíamos encontrar a los maestros. Así que veníamos las dos buscando, buscando, donde engancharnos. Era un montón de gente. Entonces vimos una columna grandísima y nos metimos con ellos. No veíamos la parte de delante de la columna. Cuando nos dimos cuenta era la Juventud Sindical. "¿Dónde nos metimos? ¡Acá nos van a matar!".

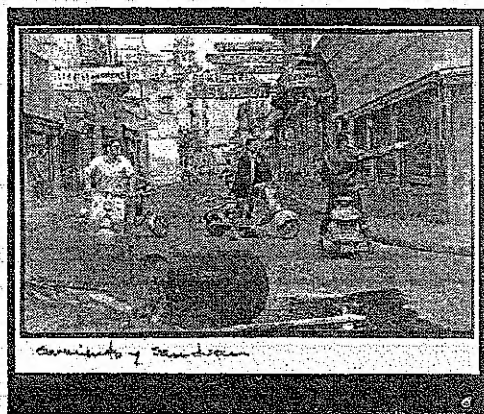
Susana estuvo en las calles durante los Rosariazos y guarda dos grandes sensaciones de lo vivido en aquellas jornadas de lucha. Por un lado, la crueldad con que fueron atacados por las fuerzas del orden, una represión que superaba por lejos a otras agresiones policiales sufridas anteriormente. Por otro lado, frente a esa ferocidad, la protección, la solidaridad y el apoyo de la mayor parte de la población rosarina.

Susana Figueroa:

"Fue tremenda la represión. Lo que sí te puedo decir es la solidaridad de la gente, gente grande que te abría las puertas y que te decía: "¡Entrá, entrá!".



Bernardita Lumia:
"Uno de mis hermanos que andaba en motoneta me llevaba a recorrer las calles".



Fue terrorífico. Fue de terror. Yo era como una tanqueta de guerra. Me metía, me metía, me metía. No le tenía miedo a nada. Porque yo siempre tuve esta postura: si vos no tenés presencia, los tipos se dan cuenta. Lo que sí me puedo acordar es que la gente nos cobijó. Porque a los que estábamos afuera nos tiraban con cuanto gas tenían. Estábamos asfixiados. Nos tiraban con los caballos encima. ¡Mirá de las épocas que te estoy hablando! Aparte no sé si esperábamos esto. Por lo menos, en mi cabeza, no pensé que iba a pasar esto así de esta manera tan cruenta. Fue tremenda la represión.

Lo que sí te puedo decir es la solidaridad de la gente, gente grande que te abría las puertas y que te decía: "¡Entrá, entrá!". Yo entraba y salía. Entrábamos, respirábamos un poquito y volvíamos a salir. No teníamos todavía esa práctica de llevar un pañuelo mojado en el bolsillo para cuando te tiraban los gases. No estábamos todavía en toda esa cuestión. Y se fue aprendiendo. Se fue aprendiendo. Los Rosariazos fueron los primeros escarceos duros que nosotros tuvimos, porque no era lo mismo estar en la Casa del Maestro con esas viejas que tomaban té a cada rato y comían torta, que encontrarte de pronto en la calle que te reprimían

de semejante manera. Antes, en Santa Fe, alguna que otra cosa, habíamos ligado, pero no fue como lo del Rosariazo y mucho menos como lo de septiembre. Ahí fue mucho más duro porque los tipos se tuvieron que atrincherar porque venían los trabajadores desde todos los barrios. Todo eso nos empujó en nuestra lucha adentro del sindicato para darnos cuenta que estábamos haciendo allí. Sin duda, el Rosariazo nos golpeó.

En 1969, Bernardita Lumia vivía en el centro y trabajaba como maestra en una escuela religiosa ubicada en una zona fabril, en estrecho vínculo con los sacerdotes tercermundistas. Recuerda que los Rosariazos coincidieron con la enfermedad de su padre y de su madre. Para hacer las visitas al hospital, Bernardita tenía que recorrer la ciudad de una punta a la otra, entre fogatas y barricadas. Así pudo contemplar el paisaje urbano de aquella batalla que el pueblo libró contra la dictadura.

Estaba en una escuela privada, pero era una escuela de barrio en una zona fabril en el sudoeste. Justo en esos días mi papá estaba muy grave, muy enfermo. Yo estaba en casa. Vivíamos en Corrientes y Montevideo. Me acuerdo de

estar muy asustada porque mi papá se moría, incluso el día 21 ya lo habíamos enterrado. Uno de mis hermanos que andaba en motoneta me llevaba a recorrer las calles y yo le decía "¡No, volvamos!", porque tenía mucho miedo que también se muriera mi hermano. ¡Esas cosas! Éramos tan jóvenes. Me acuerdo de las corridas con la policía. Pero la policía venía a cinco cuadras y yo ya estaba en mi casa del miedo que me daba. Y en el segundo Rosariazo, en el mes de septiembre, otra vez lo mismo, pero esta vez con mi mamá. Mi mamá se enferma de hepatitis, entonces la internan en Baigorria. Fue en septiembre. Íbamos hasta Baigorria y mi hermano decía bueno vamos por acá, ahora por allá. Pasamos por donde incendiaban las estaciones de trenes, la estación del Oeste, creo que era, los vagones quemados. Teníamos un poco de miedo, sí, pero no queríamos dejar de estar. Un año después empiezo a militar en el sindicato de escuelas privadas que se estaba armando. Y ahí, en AEDEP (Asociación de Educadores de Escuela Privadas), recuerdo que estábamos con Graciela Lo Tufo, una de las chicas desaparecidas y con Cristina De Pauli. Fueron las primeras personas que conocí en el gremio.

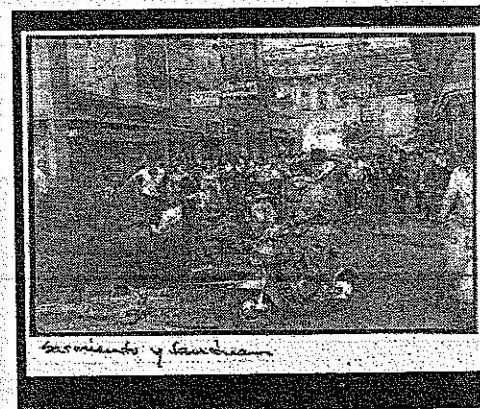
Después nos fuimos al SINTER (Sindicato de los Trabajadores de la Educación de Rosario). Mi papá era obrero, entonces venía un poco por ese lado lo del sindicato, por herencia familiar. Porque mi mamá no trabajaba, pero también nos iba diciendo que había que militar. Y en la escuela también, a pesar de los directivos que nos jorobaban, pero teníamos el acompañamiento de muchos papás, de muchos papás obreros, teníamos ese respeto de parte de la gente, ese aval de la comunidad.

Doris Lesce también era maestra. Como muchas otras de sus actuales compañeras de la comisión de jubiladas docentes de Amsafé Rosario, Doris participó de la lucha gremial, primero en el marco de la Casa del Maestro y luego desde el SINTER. Recuerda con emoción el paso del cortejo fúnebre que llevaba el cuerpo de Luis Blanco.

Yo no estuve en las calles durante el Rosariazo, pero lo tengo tan presente porque fue una cosa muy fuerte lo que se vivió. Todo el mundo vivía hablando de eso, nada más. Fue una jornada que no creo que alguna vez la podamos tener así ¿no? Pero es bueno recordarla, recordar que alguna

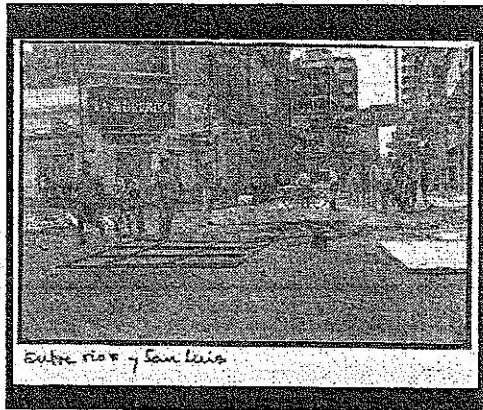
Doris Lesce:

"Fue una jornada que no creo que alguna vez la podamos tener así ¿no? Pero es bueno recordarla, recordar que alguna vez no éramos lo que somos ahora".



Ines Martin:

“Era una algarabía, era algo, para mi fue un... ¡que explotó la gente! Y esas fueron las grandes movilizaciones que comenzamos ahí”.



vez no éramos lo que somos ahora, que estamos tan aplastados, que hubo una época gloriosa de lucha. Lo que sí me acuerdo es que en esos tiempos yo vivía en Provincias Unidas y vimos pasar la marcha que acompañaba el entierro de Blanco. Mi hermano escribió una canción muy linda para Blanco. Todos habíamos quedado muy impactados.

Inés Martin desarrollaba su labor docente en la Escuela N° 130 de Villa Amelia. Lo que más recuerda de aquellas jornadas es la alegría desbordante de la gente en las calles, el contraste profundo entre el gris de la dictadura y los colores de las banderas de la oposición.

El pueblo estaba contenido luego de aquel golpe brutal que fue el de Onganía, donde hubo muchos despidos, donde hubo persecuciones ideológicas, donde hubo paseos de este hombre en carroza por la Rural en Buenos Aires, donde apostaba al estanciero, al rico, a la diferenciación, al hundimiento del pobre. Todo esto fue lo que levantó al pueblo y estalló en el Rosariazo.

Lo que más recuerdo es la alegría con que estaba la gente en la calle. Todo el mundo hablaba. Aunque no podíamos, de alguna manera se

participó. Yo tenía una nena chiquita y los roles en la familia estaban bien definidos: el marido militaba y la mujer criaba a los hijos, ¿no? Aunque éramos de izquierda, pero era así el asunto.

Entonces yo me quedé con los chicos y el Aldo estuvo todo el día en la calle, ¡los dos días! Y cuando volvió retarde, recontento, que quemaron un auto acá, la gente se sumó allá, eran tantos acá, hicimos tal cosa allá. Era una algarabía, era algo, para mi fue un... ¡que explotó la gente! Y esas fueron las grandes movilizaciones que comenzamos ahí y luego continuamos hasta el 71, estando incluso Lanusse en el poder. Fueron unas movilizaciones con las banderas del Che por primera vez, flameando en las calles, las banderas rojas, las banderas multicolores, eran movilizaciones hermosísimas, de pronto... ¡ide miles!, ¡ide miles!

Paralelamente Inés estudiaba la carrera de Historia en la Facultad de Humanidades y recuerda algunos aspectos de la vida cotidiana en las universidades, durante la dictadura de Onganía, en los años previos a los Rosariazos.

Me acuerdo ser alumna de la universidad. Tenía que dejar el documento en la puerta de

Humanidades, idejábamos los documentos y al final de todo, cuando salíamos, nos entregaban los documentos! Controlaban si nos quedábamos en clase o no, a qué íbamos a la facultad. Y te pedían el documento y no te lo daban hasta que terminaba la hora. Pasaban por las aulas a ver si había alguien que estuviera hablando. No nos dejaban hacer grupos de cuatro o cinco, no podíamos ir al patio. Había chicas que llevaban mates y no nos podíamos reunir a tomar mates al patio.

En 1969, Alicia Affatato aún no era maestra. Ingresaría en la docencia diez años después y participaría activamente en la recuperación de la organización gremial.

En aquel tiempo trabajaba en Ambros y Palmegiani que era una empresa de ingenieros constructores que tenía las oficinas en el Edificio Melipal. Me acuerdo que se escuchaban muchísimos ruidos y bajamos a ver y vimos a Bello. Había caído sobre un vidrio y era todo sangre. Yo lo veía al vidrio de este... de este lado y era sangre, me acuerdo que fui y corrí al bar, porque cayó del lado del bar y empecé a preguntar: "¿Por qué?, ¿Por qué?". No entendía, yo no militaba. Me acuerdo que no

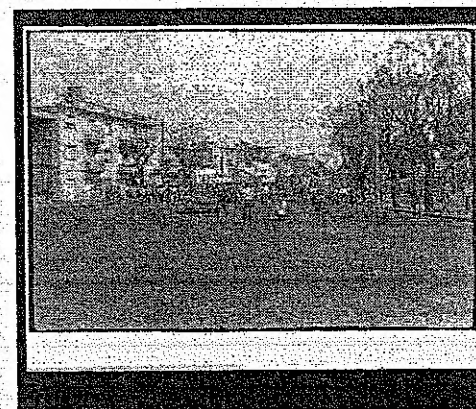
entendía porque pasaba lo que pasaba.

A partir del impacto vivido en aquellos días de mayo, Alicia comenzó a participar en la vida política universitaria.

Yo estudiaba psicología en la calle Entre Ríos. Entonces se hacían las grandes asambleas estudiantiles, inmensas impresionantes, donde yo no entendía, porque no estaba formada políticamente. Lo que sí recuerdo es que había dos posturas dominantes: una hablaba del socialismo, de la revolución y de la lucha. La otra era moderada. Me preguntaban a qué organización pertenecía y yo le decía: "Yo no pertenezco a ninguna, soy como dijo tal: independiente". Y tal es así que en una ocasión se me acerca un grupo de compañeros y compañeras y me preguntan si quiero estar en una organización. Entonces les digo que sí, que no entiendo nada pero que puedo estar. Y me citan en una esquina de Rosario a las seis de la mañana. Yo fui y entonces le pregunté a donde íbamos. Supuse que era para discutir y me dijeron: vamos a practicar tiro. Entonces me fui. Pero sí recuerdo que participé en la marcha del silencio, sola, mezclada entre la gente, tratando de

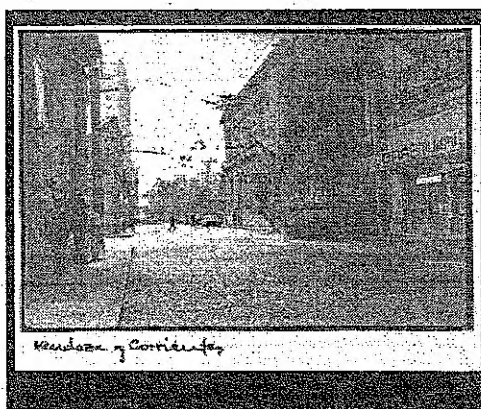
Alicia Affatato:

"Me acuerdo que se escuchaban muchísimos ruidos y bajamos a ver y vimos a Bello".



Olga Baroni:

“Lo que avivó el fuego fue la solidaridad de la gente común, gente de la ciudad, que no estaba en ninguna agrupación, que te avisaba si venía la policía, que te abría las puertas, que te protegía”.



entender y preguntando qué era eso, que había sucedido.

Al año siguiente me fui a Buenos Aires y al poco tiempo me incorporé al Partido Comunista.

Recuerdo que en la Facultad de Buenos Aires se comentaba y se analizaba la experiencia del Rosariazo.

Olga Baroni era maestra de la Escuela 560, una escuela muy grande que años después se convertiría en un referente de la oposición a la dictadura. Allí frecuentemente se organizaban reuniones con una amplia participación de padres y alumnos.

Yo estaba en una escuela muy combativa. Era una escuela de la periferia, supérnumerosa, en un barrio obrero. Se dio que éramos un grupo fuerte. Estaba Etelvina y muchas otras maestras. Siempre me acuerdo que íbamos a las marchas. La adhesión al paro ahí era total. Teníamos turno mañana, intermedio, tarde y noche y funcionaba el comedor escolar. Nos quedábamos todos los días a comer con los chicos. ¡Qué significativo que fue eso porque era compartir con los chicos la comida! Nada, ¿no? Sin embargo, para los chicos, si vos pensás en su formación, era muy importante compartir el

almuerzo con la maestra.

Como docente y militante del Partido Comunista, Olga participaba de las actividades de la Casa del Maestro. En 1971, cuando se constituyó el SINTER, Olga decidió acompañar a la nueva organización desconociendo el mandato del PC que proponía otras estrategias.

En esa época el gremio no existía. Existía la Pro-mejora, la Comisión Pro-Mejoras Económicas que discutía solamente lo salarial y a la cual entrábamos solamente los que estábamos afiliados. Los jubilados no podían entrar. Por ejemplo, Rosita Ingalinella, una gran maestra, no podía entrar porque era jubilada. Entonces la pelea era en la puerta. ¡Imaginate lo que era eso! No teníamos contención los maestros.

Cuando fue lo de Bello apareció Carlos De La Torre y recuerdo que nos deslumbró a todos por el llamamiento que hizo para ir al paro, porque Bello era el hermano de una maestra. Lo que sufrió esa chica por su hermano fue tremendo. Y con ella íbamos a las marchas pidiendo justicia por su hermano. Carlos fue el que propuso ir al paro y todos nosotros apoyamos esa moción para ir a la marcha. Lo recuerdo parado en la escalera de

de del
Olga partici-
des de la
En 1971,
yó el SINTER,
añar a la
desconocen-
C que propo-

no no existía.
la Comisión
micas que discu-
al y a la cual
te los que está-
jubilados no
emplo, Rosita
maestra, no
era jubilada.
en la puerta.
a eso! No tenía
maestros.
ello apareció
y recuerdo que
dos por el lla-
para ir al paro,
hermano de
e sufrió esa
no fue tremen-
tos a las mar-
cia por su her-
que propuso ir
otros apoyamos
a la marcha. Lo
la escalera de

la Casa del Maestro hablando, lla-
mando a la movilización.
Pensándolo, ahí nació el germen
del SINTER, la necesidad de tener
un sindicato único. Lo que avivó el
fuego fue la solidaridad de la gente
común, gente de la ciudad, que no
estaba en ninguna agrupación, que
te avisaba si venía la policía, que
te abría las puertas, que te prote-
gía. Eso fue lo que realmente me
emocionó mucho. Y para nosotros,
fue la mecha encendida hasta la
formación del sindicato. Obreros y
estudiantes unidos adelante, pero
con los maestros incorporados.

Horacio Tabares estaba en los últi-
mos años de la carrera de psicolo-
gía y era uno de los principales
dirigentes del Centro de
Estudiantes de Filosofía y Letras.
Un año después ingresó a la
docencia como parte de los deno-
minados "gabinetes psicopedagó-
gicos".

En la facultad no podíamos hacer
asambleas porque estábamos ilega-
lizados, pero a partir del Rosariazo
irrupimos ¡Estaba el salón de
actos que rebalsaba por todos los
lados! Había tranquilamente 800,
900 estudiantes. A los del grupo
dirigente del centro de estudiantes
nos habían suspendido, pero a
partir de toda esta conmoción que

se genera volvimos a entrar, nos
reincorporan en la facultad y pudi-
mos seguir cursando.

Había un sentimiento antiimperia-
lista en toda la gente, porque no
era únicamente un grupo de esclavos.
Había militantes de base
que se incorporaban a la discu-
sión, a la polémica. Las asambleas
tenían un nivel impresionante. Fue
una cosa muy heterogénea de
mucho debate, de mucho estudio,
por ejemplo, nosotros leíamos, que
sé yo, un texto de Lenin y eso se
debatía, se profundizaba.

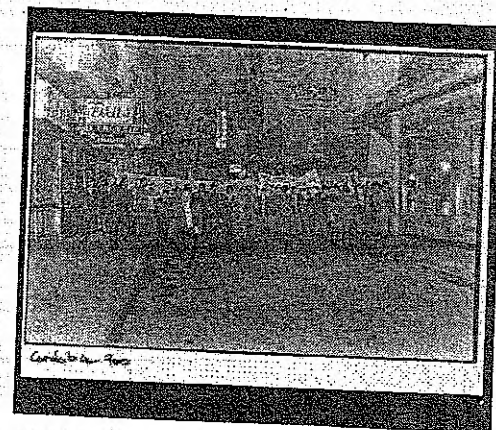
Me parece que lo interesante del
Rosariazo es que había gente de
distintos lados. La gente leía. No
era que éramos nosotros tres y
nada más, ¡no!, era mucha de
gente. Fue una cosa impresionante
lo que se vivió en la década del
setenta.

En el mismo sentido, Horacio, en
una reunión con sus ex-compañe-
ros de militancia sindical, piensa
en las fuertes marcas que aquellas
experiencias de lucha dejaron en
sus vidas.

Los que estamos acá, de alguna
manera representamos a los sobre-
vivientes de un proceso que costó
mucho sangre y que costó la vida
de una cantidad impresionante de
gente que estaba imbuida con ideas

Horacio Tabares:

"En la facultad no podíamos hacer
asambleas porque estábamos ilega-
lizados, pero a partir del Rosariazo
irrupimos".

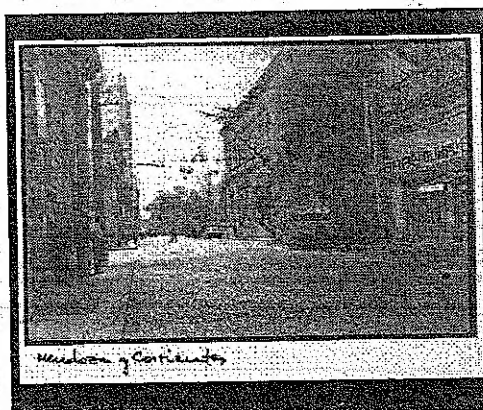


de equidad, de justicia, de lucha. Nosotros no fuimos un clavel del aire. Porque además todo eso lo hacíamos con fervor, apasionadamente. A nadie se le ocurría que por estar en un cargo podía cobrar un peso. Había un desinterés y había un entregarse hacia el otro. Por eso luego el SINTER pudo conjugar todas estas voluntades. Significó una transformación muy profunda al nivel de lo que era el gremialismo docente y también implicó una revolución educativa, porque cuando la gente empieza a recorrer caminos, a luchar, a encontrarse con los demás, a ver el sentido de la justicia, a ver que somos todos iguales, eso también se lleva al aula.

Alba Curutchet:

"Yo creo que el Rosariazo se fue conformando también así, con esos descontentos que se iban aunando.

Había algo que ardía dentro de la gente".



Alba Curutchet era maestra y madre de dos nenas. Su marido era militante sindical. Ella destaca el rol fundamental que tuvieron los trabajadores de un cordón industrial que funcionaba a pleno, desde San Lorenzo a Villa Constitución, especialmente en el Segundo Rosariazo.

Había sindicatos de base muy fuertes, hubo tomas de fábricas en Petroquímica, es decir, todo ese tipo de cosas, donde comenzó un clamor, un fervor muy grande de la gente que pudo aunar criterios,

aunar fuerzas, luchar. Yo, por ejemplo, al Rosariazo lo viví desde adentro, pero desde adentro de mi casa, porque tenía una hija de dos años y una de tres. Mi marido era militante. Pertenecía a la organización gremial del cordón industrial, más precisamente de Petroquímica y entonces participó activamente. Y toda esa alegría, y todo ese dolor, y ese miedo, estaban dentro de casa, donde uno iba para aquí, iba para allá, con los chicos muy chicos, la ausencia... Querer participar y no poder también es de alguna manera haber participado. Fue una experiencia enriquecedora en todo sentido. A veces fue grata y otras veces no tan grata.

Alba rescata los espacios de comunicación que existían tanto en las escuelas como en las fábricas, espacios donde existía el debate en torno a las problemáticas comunes.

Porqué yo pienso en el Rosariazo y me pregunto "¿Cómo sale? ¿Sale a partir de la teoría del caos? ¿Cómo es que se organiza?" Lo que pasaba era que había problemáticas comunes que se debatían dentro de los ámbitos de las fábricas y también de las escuelas. Y entonces, ¡claro!, por más que les decían a la gente de la fábrica que

no siempre para reunirse intercambio de que el Rosariazo mando también contentos que se No sé, porque de nada, no pudierc Rosariazos. Había dentro de la gente

Delia Valía fue ma Hoy es una docen una intensa activic nos cuenta cómo s do de las novedades muchas imágenes, través de los relatos ñeros que venían de barricadas, se fueron aún sin haberlas visi memoria colectiva.

Yo también era muy vía no militaba polític que podría repensar e momento es que lo de Blanco fue como u porque en aquella época televisor como ahora. tenían. Pero, por ejemplo tenía televisor. Pero fue todo el mundo con qui encontrabas en cualquier o con cualquier persona te: imataron a un estudi

no se puede tomar mates, la gente siempre encontraba alguna manera para reunirse un poco y darse un intercambio de cuestiones. Yo creo que el Rosariazo se fue conformando también así, con esos descontentos que se iban aunando. No sé, porque de por sí, de la nada, no pudieron salir los Rosariazos. Había algo que ardía dentro de la gente.

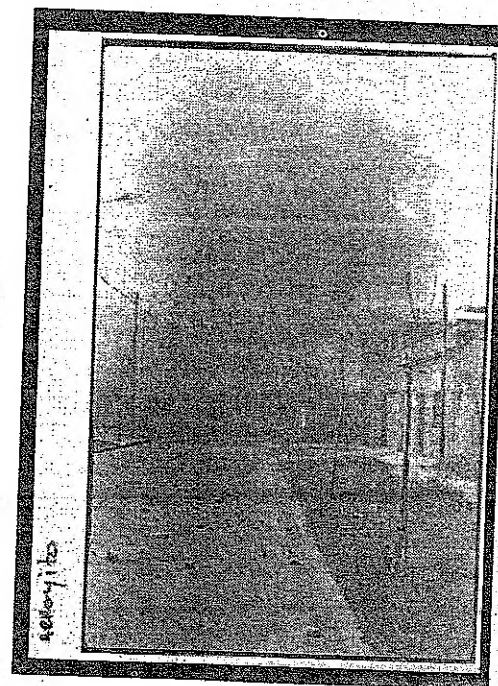
Delia Valía fue maestra de dibujo. Hoy es una docente jubilada con una intensa actividad sindical. Ella nos cuenta cómo se iban enterando de las novedades y cómo muchas imágenes, construidas a través de los relatos de los compañeros que venían del fragor de las barricadas, se fueron grabando, aún sin haberlas visto, en la memoria colectiva.

Yo también era muy joven y todavía no militaba políticamente. Lo que podría repensar en este momento es que lo de Bello y lo de Blanco fue como un clamor, porque en aquella época no había televisor como ahora. Algunos tenían. Pero, por ejemplo, yo no tenía televisor. Pero fue como que todo el mundo con quien te encontrabas en cualquier negocio o con cualquier persona era decirte: ¡mataron a un estudiante!, o,

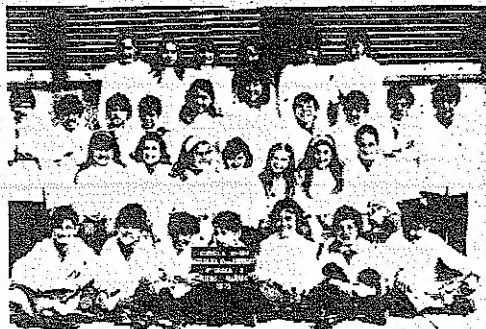
¡mataron a un chico en el centro!, ¡mataron a alguien! Uno puede pensar en todo lo que pasó después, pero esos asesinatos fueron como un hito, como un antes y un después, como que algo muy grave había pasado en la sociedad. Y es cierto que por un lado había mucha organización a nivel base, estaban los sindicatos, estaba el tercermundismo, estaban también los movimientos peronistas, había también grupos más de izquierda, estaba la dictadura, pero lo que pasó en Empalme Graneros... Yo pasé por el cruce Alberdi con mi hija chiquita en brazos, era de meses, iba en un colectivo volviendo a casa porque la había ido a buscar a casa de mi madre y bueno, en medio de todo ese clamor, yo la fui a buscar. La llevaba a casa. Mi compañero se había ido para Empalme y ya se veía el humo de los vagones del ferrocarril, los colectivos por toda la Avenida Alberdi incendiándose. Pero lo que pasó en Empalme Graneros, toda la noche, toda la noche de barricadas, de lucha, el ejército, los incendios, la batalla, eso a uno se lo contaron. No había imágenes, no hubo imágenes visuales. No es como ahora que ponés el televisor y ves, y sin embargo me parece que todos tenemos imágenes, son imágenes

Delia Valía:

"Mi compañero se había ido para Empalme y ya se veía el humo de los vagones del ferrocarril, los colectivos por toda la Avenida Alberdi incendiándose".



Fotografía de 4° grado B, Turno Mañana de la Escuela N° 824, República del Uruguay, del que Adriana Catafesta era maestra en 1973.



que nos han relatado. Cómo han quedado esas imágenes... es como si lo viera; yo lo del cruce Alberdi lo ví, los colectivos incendiados los ví, todo eso lo ví, pero lo de Empalme Graneros no lo ví y, sin embargo, veo a la gente corriendo, la veo tirando piedras, esa lucha terrible que habrá durado hasta las seis, siete de la mañana, y los compañeros que voluían sucios, embarrados...

Adriana Catafesta también recuerda aquellos años en que daba sus primeros pasos en la militancia social y en la docencia, trabajando en la Escuela N° 824 del barrio La Florida:

Yo estaba recién recibida de maestra y no trabajaba, pero mi novio, que ahora es mi marido, sí. Él era mayor que yo, así que él ya participaba en todos esos movimientos. Y lo que más recuerdo es esto: voluía en el ómnibus del centro y el comentario general era que habían matado a un muchacho. Después llega mi novio a mi casa y él había estado en la calle y había participado. Después nos contó con detalles toda esa efervescencia. Me acuerdo que a partir de ahí empecé a militar también. Íbamos a reuniones grandes, hermosas en el sindicato ceramista, en San

Lorenzo, donde proyectaban audiovisuales, había charlas. Inclusive posteriormente hemos ido a Córdoba con Tosco a la cabeza, en el sindicato Luz y Fuerza. A partir de ahí es como que el Rosariazo abrió un montón. Al año siguiente, en el 70, empecé a trabajar de maestra y bueno ahí comencé a ir a La Casa del Maestro y luego al SINTER.

Carlos De La Torre fue el secretario general del SINTER desde su constitución. En 1969 recién se iniciaba como maestro haciendo reemplazos en escuelas nocturnas. Así llegó por primera vez, en mayo de aquel histórico año, a la Casa del Maestro.

En una asamblea los maestros deciden ir al paro y vamos como grupo de maestros sueltos sin el aval gremial. Fuimos a la calle igual, estuvimos en las movidas, nos juntamos con las maestras. Me acuerdo que nuestro grupo venía de Ayolas y Convención, es decir, ya era un día de paro, nos habíamos organizado para venir para el lado del centro. O sea que había una movida de maestros pero no orgánicamente. Después nos enteramos que la misma entidad nos había negado. Entonces, de ahí en más, empeza-

mos a encontrarnos con un grupo. A la primera asamblea que asistí fue justamente cuando mataron a Bello, en donde salió este paro que después motivó que nos iniciarán una información sumaria. Para mí fue primera asamblea, primer paro, primera información sumaria. Habíamos adherido muchísimos docentes, pero después los inspectores iban a las escuelas y les aconsejaban fraternalmente que no dijeran que habían adherido porque les podía traer consecuencias. Entonces muchos dijeron que no habían hecho el paro. Nos quedamos enganchados ciento y pico, muchos de los cuales después formarían el SINTER.

Varios años después, creo que recién en el 73, el esposo de la compañera Marta Cochero, que era un importante abogado de la ciudad, fue como secretario privado del ministro de gobierno y nos limpió la carpeta con la información sumaria.

Yo creo que el Rosariazo fue el sacudón que tuvo la docencia para entrar a participar más en sus necesidades y no conformarse con las reivindicaciones que planteaba la Comisión Pro Mejoras Económicas. Ahí se empezó a discutir otros temas y a comunicarnos con los estudiantes y a comunicarnos con los obreros. Para mí el

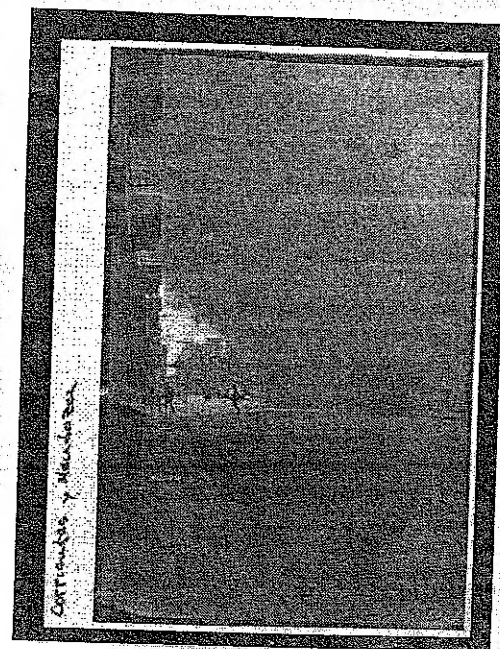
Rosariazo fue eso: un disparador muy importante para el nivel de conciencia de los trabajadores, desde una base real de participación.

En la entrevista, Carlos nos cuenta también cómo fueron las movidas desde su escuela.

En el primer Rosariazo arrancamos con tres o cuatro maestras que tenían más conciencia. Había una compañera, Beatriz, que era psicóloga; estaba también una estudiante de pedagogía, es decir, gente que tenía un contacto más con lo estudiantil. Pero algunas iban por primera vez, y me acuerdo que íbamos de la mano para que no se soltaran. Y todo esto dio mucho empuje para que en el Segundo Rosariazo fuéramos muchos más, te diría que casi toda la escuela. El crecimiento cualitativo entre el primero y el segundo fue de mayor cantidad y participación de docentes. Ya nos hablabamos con los que estábamos yendo a las asambleas de la Casa del Maestro, medio por afuera y decidíamos. "Hoy hay que ir a esta marcha. ¿Vamos a ir? ¿Dónde nos encontramos?" Era medio por afuera. Entre el primero y el segundo hubo muchas asambleas en la Casa del Maestro, incluso luego hubo una muy famosa que muchos

Carlos De La Torre:

"Yo creo que el Rosariazo fue el sacudón que tuvo la docencia para entrar a participar más en sus necesidades y no conformarse con las reivindicaciones que planteaba".

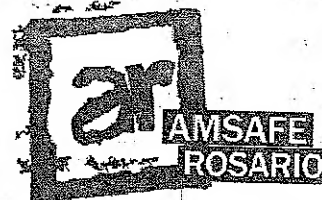


Alcuz

018

Rosariazos

Docentes en las barricadas



**Ediciones de
Amsafe en Marcha**

**Publicación de la Asociación del Magisterio
de Santa Fe, Delegación Rosario**